

El *Castillo* de *Kafka*

Federico Vega / 4o. año de Arte Dramático. Filosofía y Letras

Aproximarse a Kafka constituye una aventura alucinante. La multiplicidad de elementos mágicos que emplea contribuyen a crear un ambiente psicológico denso, cuya principal virtud consiste en ponernos en contacto, incondicionalmente, con las corrientes subterráneas de nuestro ser y, así, sacudirnos a cada paso con el descubrimiento —o la intuición— de aspectos inusitados, negados o escondidos del hombre. Tratar de explicar su obra racionalmente sería —además de insatisfactorio— sumamente fatigoso. En efecto ¿cómo es posible penetrar en un mundo absurdo en sí mismo, cuyas propias leyes determinan su funcionamiento, pero de ningún modo nos sirven para aclarar su sentido, cualquiera que éste sea? Aún más ¿podemos creer firmemente en la existencia de dichas leyes? ¿No es en cierto modo nuestra impotencia ante lo indefinible —la magia, la premonición, el sueño, etcétera, etcétera—, la que nos hace creer, falsamente, en la existencia de una posibilidad de negación del mundo irracional del hombre?

Comprender a Kafka, o más bien, tratar de rescatar la vivencia esencial de su obra consiste —para mí— principalmente en entregarse sin reservas conscientes a la lectura, en hacer un esfuerzo por escuchar interiormente sus diálogos como si fueran propios, venciendo el miedo que nos produce el vernos desnudos frente a nosotros mismos. En este sentido, concibo el arte como la “cristalización del dolor” que nos ofrece la posibilidad de catarsis mediante la identificación.

Con *El castillo* de Franz Kafka, nos encontramos en primer lugar con la confrontación de dos mundos claramente distintos: el uno, ordenado, lógico, convencional, burgués del cual el personaje principal K (Kafka) viene; y el otro, ilógico, grotesco, desordenado, contradictorio al que llega.

Los dos mundos están separados únicamente por un puente de madera, desde el cual, tanto uno como otro pueden ser vistos con la misma facilidad. Este hecho sugiere ya lo ilusorio de cualquier posible división real, ¿o es que acaso sabemos dónde termina la razón para dar paso a la locura? ¿Hasta qué grado es posible delimitar ambos aspectos?

Los convencionalismos sociales, la vida organizada en base a normas jurídicas, el recalcitrante espíritu burgués de orden y armonía son en conjunto, paradójicamente, el punto de partida más propicio que nos abre la puerta al camino real que conduce a la aldea en la que se encuentra el Castillo. ¿No son pues, en realidad, estos dos mundos una misma cosa y la división de que se les quiere hacer objeto resulta, en verdad, arbitraria?

El hombre busca la seguridad dentro de la inseguridad constante que significa vivir; lucha por ella con la insatisfacción permanente de no responderse nunca, a preguntas elaboradas angustiosamente en su interior, sino superficial o parcialmente.

Tal vez alguna ocasión creamos encontrar la respuesta clara y contundente de algo, pero esto no será —en opinión de Kafka— sino un mero espejismo.

Nuestro personaje (K) se encuentra de pronto ante un mundo irreconciliable con la realidad que lleva dentro, pero descubrimos que esta verdad es sólo la superficie de algo más profundo: la imperiosa necesidad, basada quizá en la angustia esencial de Kafka, de romper el dique que lo separaba de su padre. Creo que en este punto no debemos desdeñar algunas consideraciones de tipo racional —sobre todo las que están íntimamente ligadas al psicoanálisis— puesto que nos ayudan de algún modo a esclarecer, fundamentándonos en la vida personal de Kafka, aspectos básicos de su obra. Así pues, el “principio de autoridad”, por ejemplo, reiterado obsesivamente por Kafka en *El castillo*, *El proceso*, *La metamorfosis*, etcétera, constituye una de sus preocupaciones vitales cuyo origen, desarrollo y consecuencias se justifican a través de la relación de Franz con su padre; relación que —según el decir de Max Brod— se basaba en una veneración infinita, que tenía algo de heroica y que fue básica para la educación sentimental de Franz.

La irrupción al universo mágico, alucinatorio, absurdo de *El castillo* —universo poblado de presencias deformadas, grotescas, parecidas vagamente al hombre— impresiona de tal modo que se tiene la sensación de estar soñando, o más propiamente, de navegar ampliamente por los cauces del subconsciente, sin atrevernos a negar o afirmar lo que se presenta ante nuestros ojos. K tiene la necesidad de comunicarse con las autoridades del castillo de quienes ha recibido una carta en la que se requiere de su presencia para ocuparlo en un puesto de trabajo dentro de la aldea. Esta comunicación se ve impedida desde un principio dada la rigurosa y muy elaborada organización del sensible aparato burocrático que gobierna la aldea; aparato en el que: “Si un asunto ha sido considerado ya durante muchísimo tiempo, puede ocurrir, aun antes de que concluyan dichas consideraciones, que de pronto, como un rayo, caiga una resolución procedente de alguna autoridad imprevisible y que más tarde ya no podrá ser identificada, poniendo punto final al asunto, en una forma, que si bien es, por lo general, muy justa, no deja de ser, sin embargo, en cierto modo, arbitraria.”

De principio a fin, K luchará denodadamente y sin cesar por lograr un contacto efectivo con alguno de los representantes del castillo, cosa que le será vedada siempre.

Ante las primeras tentativas de K por establecer comunicación nos aguijonea la inquietud de que pueda conseguirla, pero sus sucesivos fracasos nos hacen comprender más adelante que esto no será posible.

Nuestro interés se dirige entonces a la observación atenta de cada uno de los pasos que dará K de ahora en adelante. La novela se convierte en un interminable laberinto que conduce siempre, fatalmente, al principio del camino: el juego trágico del hombre que arriesga a cada instante la integridad de su existencia, contrastando con la imperturbabilidad de lo desconocido en una constante y falsa correspondencia.

El único nexo que logra K en este medio hostil y rechazante —la mujer— representa, a mi entender, la necesidad de vinculación con la realidad; significa el único asidero seguro: es la celdilla por la que K respira y tiene acceso al mundo, acceso que finalmente el personaje femenino le niega. De acuerdo a la razón no podemos determinar cuáles son los motivos verdaderos del abandono que sufre K a causa de Frieda; solamente podemos constatar que K se queda solo, que el hombre se queda solo, fría y crudamente; fatigado reinicia un camino cruel y doloroso que —según parece— es infinito.

